

# AMÉRICA, EL REY EMPERADOR Y LA EDAD MODERNA ESPAÑOLA

JOSÉ MARÍA SEGOVIA AZCÁRATE

Presidente de la Real Sociedad Colombina Onubense

Pocas ocasiones se presentan en la vida en la que uno pueda hacer un reconocimiento expreso de admiración hacia un lugar, hacia una entidad cultural y a unas personas que han sido forjadores de unas tareas llenas de celo, de profundidad intelectual y de significación académica.

Cruzar un trozo de España, para encontrarme con esta representación, significa para mí un auténtico descubrimiento de una de las ciudades históricas más bellas de la península, pero a la vez es un intento de establecer una relación cultural sólida y efectiva entre dos entidades, la vuestra y la que me honro en presidir, la Real Sociedad Colombina, institución nacida en 1880, una de las más antiguas de la nación, con el privilegio de su título reafirmado, por tres reyes y una reina y que portavoz de una causa histórica hoy quiere hermanarse, en una jornada de amistad, de afecto y en esa identificación de trabajos que nos une y nos guía de cara a un mundo cultural en los albores del siglo XXI.

Gracias por la invitación y a todos ustedes por la amabilidad de acudir a esta cita que solo quiere ser mástil de una nueva carabela, como un día lo hiciera la «Santa María», desde el Atlántico sur español y que deje en el cielo de nuestras inquietudes académicas un trazo de esfuerzo, trabajo y realidad en unos acontecimientos históricos, de los que forma parte en el protagonismo de la Historia, esta sin par Toledo, ciudad Imperial cargada de recuerdos que pesan en nosotros desde, la gobernabilidad castellana del arzobispo de esta

sede Cisnero, hasta el bagaje de un reinado que en Carlos I, se hizo efectivo para la mayor grandeza de España.

## ANTECEDENTES DEL DESCUBRIMIENTO

El tema que nos trae en esta ocasión, proyecta el Descubrimiento de América en la Edad Moderna de la Historia española.

Quizás estemos señalando un período de tiempo de sueños, de trabajos, de luchas y también de gloria para la corona de Castilla, para España.

Con el advenimiento de la Edad Contemporánea, América, la América nuestra, va a variar su posicionamiento con respecto a nosotros y en la cuesta abajo de los siglos, llegaremos a esa fecha de 1898, hace ahora un siglo, en que nuestro adiós efectivo a aquellas tierras se hizo una triste realidad.

Las páginas del Descubrimiento de América se abren en la maravillosa historia de un navegante natural de Huelva, llamado Alonso Sánchez, al que una tormenta le desvía de su ruta entre La Mina y Huelva, cuando aprovechando los vientos de poniente intentaba llegar a puerto desde las singladuras que unen Cabo Verde, las Azores el Cabo de San Vicente y los desvía a una tierras, arrastrado por una corriente poderosa, donde descubren un paraíso que solo podrían narrar muy pocos hombres a su difícil vuelta y de forma particular Alonso Sánchez a Cristóbal Colón, en Porto Santo, cuando este vive allí con su esposa Felipa Moniz de Perestrello y su recién nacido hijo Diego.

Así nació el Secreto de Colón, que fue bien guardado en los sig-

los, pero que ahora se va abriendo paso en la investigación científica del nacimiento del Nuevo Continente.

El mapa del mundo que conoció Colón, en el último tercio del siglo XV era completamente distinto del que conocemos nosotros hoy. No cabe duda de que el Mediterráneo y la costa atlántica de Europa se dibujaron con exactitud. Las tierras del norte que se suponían existían al oeste de Groenlandia estaba representadas por vagas altitudes unidas a Europa. La costa oeste de Africa estaba definida únicamente por un corto camino al sur del Ecuador. Por otro lado las narraciones de Marco Polo situaban la totalidad de Eurasia con lejanías insondables, selvas, montañas y desiertos en dirección Este. La parte suroriental de Asia era todo un misterio.

Si examinamos esta visión del mundo de entonces nos daremos cuenta de que Colón solo conocía apenas una cuarta parte del globo terrestre y que existían dos partes vacías que solo la imaginación llena de lagunas, efectos de la ignorancia, cubrían de monstruos y ensoñaciones llenas de terror y de peligros.

La existencia de dos grandes vacíos inquietaban. Uno era el hemisferio Sur, el caos, el otro gran vacío va ser nuestro compañero de vida y de progreso, de conquistas, trabajos y hazaña, de aventuras y de poesía. El Océano Atlántico.

Del hecho, poco conocido, de que el mundo era redondo había que sacar la conclusión de que debería existir un camino, una ruta marítima directa entre Europa y el extremo oeste de Asia. Incluso Aristóteles, casi dos mil años antes había intuido e incluso razonado que navegando hacia el oeste se debía alcanzar el este en muy pocos días. La diferencia entre Aristóteles y Colón era que lo que uno exponía en teoría no comprobada el otro iba a determinar una actuación, como dijera John Dyson, para actuar.

Este mismo autor señala que el paso que Colón dió desde Porto Santo, a Lisboa primero, a la Rábida luego y finalmente a la presencia de los Reyes de Castilla fue en frase de mi querido amigo y admirado historiador Paolo Emilio Taviani una intuición.

Muerta su esposa la firme resolución de su vida le vino en esta idea que convirtió en plan concienzudamente proyectado, plan que fue durante muchos meses una auténtica obsesión.

Samuel Elliot Morrison se pregunta porqué Colón nunca expresó a nadie el comienzo, la génesis de su inspiración.

Hoy día los textos, las palabras y el saber del profesor Juan Manzano, nos acreditan esa gran posibilidad del piloto anónimo, que buscando los vientos desde Cabo Verde para su regreso a la península, fuera arrastrado por la corriente que hoy llamamos del Golfo y luego en, navegación hacia Lisboa, tocara in extremis las Islas Madeiras, donde Colón por ventura de la Providencia aguardaba la chispa de un viaje que iba a transformar el mundo.

Entre los años 1478 y 1484, en que Colón arriba al convento franciscano de La Rábida, en Palos, en Huelva, creyó el marino genovés estar tan seguro de poder llegar a las Indias que comenzó a esgrimir argumentos para tratar de convencer al Rey de Portugal Juan II, con objeto de que este, respaldara su empresa

Colón sabía y no creo que por inspiración divina, sino por fuente de información secreta de que la distancia hasta las costas de Asia eran de 750 leguas (2.400 millas), lo que quedaba dentro del radio de navegación de unas carabelas propias de la época.

Si situamos en este punto de partida colombino los escritos del

abogado y cardenal francés Pierre D'Ailly, las aventuras de Marco Polo, la carta del cosmógrafo florentino Paolo Toscanelli en la corte portuguesa, así como las propias conjeturas que Colón sacó de las Sagradas Escrituras, tenía en las manos unas bases de carácter científico con que convencer al rey de Portugal.

Pero el rey que era cuatro años más joven que Colón, fue el primer monarca luso que tuvo guardaespaldas y precisamente los días en que su hermano Bartolomé le buscó una entrevista con el rey, más preocupado de asuntos internos de su corte, tuvo que dilucidar el triste final de Duque de Viseu, al que tenía como conspirador.

La marcha de los turcos otomanos sobre el sur de Italia, las hipótesis de Diego Cao tomando al Río Congo, en África como camino para las Indias, y las palabras del cronista Joao Barros que afirmaba que el rey había encontrado a Colón muy orgulloso y soberbio en la presentación de sus planes, te confirmaban que el océano atlántico, el mar Tenebroso, era demasiado grande como para poderlo cruzar.

Queda en la Historia un enigma y éste era de que en el fondo Juan II creía a Colón, pero la situación política de Portugal y las de Inglaterra y Francia, ponían a las tres naciones en situación de no tener interés en viajes descubridores. Solo quedaba Castilla y allí fue Cristóbal Colón.

## EL GRAN VIAJE

Y nos encontramos en el momento más bello de la Historia que abriera las puertas de un Mundo Nuevo, que esperaba desde siglos

la llegada de la cultura, el progreso y la unión a un mundo desconocido que iba a transformar por completo las estructuras de sus tierras, de sus conocimientos, ideas, religiones y lenguas.

Los objetivos colombinos que determinaron el Viaje de Colón, siempre nos ha ofrecido múltiples conjeturas, destacando entre ellas el carácter meramente religioso y el interés comercial. Además, no puede silenciarse la formulación colombina al Rey Católico y antes al Rey de Portugal de la adquisición de nuevos territorios, de los que al parecer tan seguro estaba Colón de encontrar. El afán de evangelización por parte de la Corona se había manifestado de forma clara en las Capitulaciones de Santa Fe y anteriormente en la conquista de las Canarias a lo largo del siglo XV.

Una mañana del 3 de agosto, tres naves zarpaban del Puerto de Palos, cuando el Ave María había sido plegaria de despedida en la luz tenue de los claustros conventuales de Santa María Rábida, donde horas antes el Almirante había velado y puesta a bien con Dios, ante su inminente partida

Palos era un pueblo que despedía a sus hijos en la aventura mas incierta que hasta entonces había conocido. Solo dos valores les incitaban al viaje impuesto por la corona: las promesas del Almirante y la autoridad de los hermanos Pinzón, señores naturales de aquella leva y familia prestigiada en las navegaciones de largas travesías.

Cuando los tres navíos doblaban la barra de Saltés, y el Atlántico se abría a sus velas, un palpito nuevo vibraba en unas tierras que le veían partir y en otras allá muy lejos, donde las olas no saben más que de cantos y sueños de vírgenes confines, que esperaban desde lo siglos este paso que uniría dos épocas en la Historia del universo: la Edad Media y la Moderna.

He pasado muchas horas de mi vida bajo los arcos sencillos de La Rábida. He sentido muy cerca de mi corazón el ruido de las jarcias y de las velas que todavía como una quimera de siglos se oyen en las noches agosteñas que recuerdan la partida.

Hoy al cabo de cinco siglos, Palos y La Rábida ponen un broche de gloria a una aventura que seguirá contándose en los siglos, de una historia marinera que tendrá siempre mil incógnitas que desvelar, de una aventura de hombres valerosos que rompieron la fortaleza secular de aquellas columnas de Hércules para dirigir sus carabelas rumbo a una nueva Historia.

Las vivencias de Colón en La Rábida, dan pie, fuerza y testimonio para unir la leyenda de Alonso Sánchez con la realidad de un proyecto que se enmarca entre la predestinación de un hombre, el Dedo de la Providencia o los avatares del destino.

Ya Fray Juan Pérez, prior del convento, confesor que fue de la reina Isabel, fray Antonio de Marchena, visitador y provincial de la orden, el Físico de Palos Garci Fernández, y nombres como Diego Prieto, alcalde de aquella villa marinera en la orilla del río Tinto, van a unir a los de los Hermanos Pinzón y a los de aquellos ciento veinte hombres, según la lista de Alice Gunot, para ofrecer a la Historia, otra historia jamás contada: el Descubrimiento de América.

No es este el momento, ni la ocasión de analizar aquel gran viaje que nos llevara desde Palos a La Gomera y desde esta isla a Guanahani, pero solo en la distancia que nos separa de aquellos lugares colombinos andaluces, dejemos aquí la impronta de un paso gigantesco que dieron unos sencillos marineros y, que con su gesta, estaban haciendo nacer un mundo.

## LA EDAD MODERNA

El siglo XV, pasa a la Historia de España como el gran siglo del Descubrimiento, aunque no va a sentirse en nuestra península la proyección de este hecho hasta la primera mitad del siglo siguiente.

Se ha dicho que la primera mitad del siglo XVI ve a Castilla realizando uno de los fenómenos humanos más impresionantes de la Historia: la expansión atlántica castellana, pues no en balde era en aquel momento Castilla la mejor preparada en toda Europa para esta misión.

Existen una serie de causas y motivaciones que no pueden olvidarse en este contexto histórico.

Castilla y los castellanos a pesar de las guerras civiles, de la división social y de la estructura socioeconómica y política adversa, llega a los finales de aquel siglo con una fuerza realmente asombrosa. Castilla, no lo dudemos, tenía auténtica conciencia de grandeza.

El hidalgo de la Reconquista, el hombre que ansía nuevos horizontes, va a América en una continuación de lo que había estado haciendo en su patria. Podemos afirmar que la conquista de América por España no fue fruto de unos hombres, célebres en la Historia, sino de sucesivas emigraciones castellanas, como afirma Vicens Vives, en su «Historia económica de España».

Pero también había un afán de aventuras, en una extroversión de sus rasgos vinculados con la época renacentista y un afán de enriquecimiento rápido, para dar salida a unos negocios que no llegaba a comprender, esta característica es la que nos va a diferenciar de otros países de mayor influencia capitalista.

El freno político del reinado de los Reyes Católicos, hoy roto influirán decisivamente, como los afanes de un espíritu de misión y de justicia vinculados al misticismo, que grupos minoritarios pretenden en un afán evangelizador que aspiran a que marquen los destinos de Castilla. Se quiere establecer un orden justo, que se frustra por unas realidades eclesiásticas que se establecen con el sistema señorial, y la misma mentalidad latifandista de nuestra nación.

Recuerdo una charla con John Elliot, en la que cuando nos preguntábamos el sentido de quienes eran esos hombres que hicieron aquella América, había que responder que eran seres dominados por el carácter de los hidalgos, que traían consigo desde España, las ambiciones, los prejuicios, los hábitos y los valores que habían adquirido para Castilla. Eran hombres con una gran capacidad de asombro, ante todo soldados profesionales, tremendamente legalistas, imbuidos de espíritu religioso, un calco de los libros de caballerías de su patria, llenos de acontecimientos extraordinarios, de cruzadas extravagantes, de conceptos populares. Esos hombres buscaban riquezas, honor y gloria.

En pleno siglo XVI, en pleno reinado de Carlos I, el número de indios era de nueve millones de seres. Los españoles que fuimos a América desde 1493 hasta el final de mil quinientos sesenta solo eran quince mil, según licencias de paso, pero el cálculo aproximado de realmente instalados en América, incluyendo los emigrantes ilícitos pasaban de 120.000.

Afirmaba Sánchez Albornoz que la prolongación de los caminos medievales de España, por obra de la gran aventura de América coincidió además con la provocada, sincrónicamente, por la entronización de la casa de Austria en los reinos españoles y la España Moderna quedó para siempre en proyecto.

Es en este siglo cuando la explotación americana la hacemos por medio de las Encomiendas, que intentaba armonizar la idea de señorío con el espíritu pastoral. Lo indudable en esta época del siglo XVI es que España imitaba en América, el sistema que había empleado en la Reconquista, lo que hacía que las instituciones políticas, económicas y jurídicas eran pura inspiración de la Edad Media.

Desde el comienzo de la Edad Moderna, España sufrió en comparación con el resto de Europa un gran retraso, de forma particular en lo que se refiere a la economía. Decadencia que algunos autores hacen comenzar en el reinado de Carlos V y otros en el de su hijo Felipe II.

Al morir el rey Católico y sucediéndole Carlos I, comienza la fase de prosperidad del siglo XVI. El oro fluye constante desde el otro lado del mar, en poca cantidad pero de forma continuada. Es el momento de la expansión económica de la Corona de Castilla.

La política exterior de Carlos V, que indudablemente fue el reflejo de la que habían llevado los Reyes Católicos, inició la decadencia.

Pero la decadencia llega en este siglo XVI a los campos de la religión y con la crisis espiritualista se pierde un prometedor espíritu del erasmismo.

Los siglos XVI y XVII van a marcar una trayectoria muy definidora de nuestra monarquía.

El desarrollo de un orden constitucional señalado por los Reyes Católicos coinciden de hecho con el reinado de Carlos V.

Con la llegada al trono de Carlos V, se le abre a Europa una de las etapas más fascinantes de toda su historia que se condensan en dos vertientes la última fase del Renacimiento y a la vez de la Reforma.

Tiene que coexistir en la primera mitad del siglo XVI con hombres como Francisco I, Enrique VIII, o Barbarroja y Soliman el Magnífico, además de los Comuneros de Castilla, y figuras como Copérnico y Lutero.

Hoy bajo el signo europeísta actual que vivimos hay que señalar que nuestro Emperador fue el primer hombre de Estado que trató, que soñó con la Unidad Europea, claro que bajo el dominio de España.

Desde la muerte de los Reyes Católicos en 1516, los reinos hispanos vivían en una sosegada tranquilidad, gracias a esa figura y genio de singular admiración toledana que fuera el cardenal Cisnero, que como regente de España había hecho notar sus dotes de gobernante, a la muerte de Felipe el Hermoso. La última parte de su vida fue difícil al llegar un rey que podía encontrar divergencias en parte de los nobles, viviendo aún Juana la Loca. Cisnero entregó al Emperador una España en paz. Y una puerta a un Nuevo Mundo. Carlos I sería Emperador del Viejo y del Nuevo mundo, caso que no volvería a repetirse en la historia.

El rey se aficiona a los mapas y cartas y a conversaciones con cosmógrafos, como es el caso de Alonso de Santa Cruz.

No fue nunca a América el Emperador, eso en aquellos tiempos era tan impensable se ha dicho como que el Presidente de los Estados Unidos fuera ahora a la Luna en un cohete espacial. Pero no

por eso dejó de precuparle el nuevo camino que por el mar había encontrado la corona. Primero porque era una indudable fuente de riqueza que supo aprovechar, como recursos extraordinarios llovidos de cielo, aunque algunas veces se perdían en manos de piratas, como Fleury que se quedó con los tesoros aztecas que Hernán Cortés mandaba al Rey.

La época de Carlos V se corresponde, sin duda alguna, sobre el impacto que los Descubrimientos habían hecho en la opinión pública europea. Pero no debemos olvidar que el Emperador se impuso una auténtica disciplina en sus deberes como gobernante de aquella inmensa tierra que cada día crecían más y más. Es en su tiempo cuando se penetra a fondo en tierra firme y cuando se logran las más grandes conquistas por parte de sus bizarros soldados.

No lo dudemos, para Carlos V América fue un río de oro. Recordemos que en solo veinte años pasó de 200.000 pesos en oro a dos millones. Carlos V con el viaje de Magallanes y Elcano, con la conquista de Méjico, etc. se iba haciendo el rey de más de medio mundo.

Se ha dicho por el profesor Fernández Alvarez que Carlos V ve en América un regalo de la Providencia y es desde entonces cuando América va a intervenir con su peso económico sobre Europa. La verdad es que el Emperador nunca olvidó a América y que ella le brindó el poder más grande que había soñado en un nuevo orden del gobierno político de su corona.

Es a lo largo de siglo XVI cuando vemos aparecer las primeras fisuras de ese orden, en el trascurso del reinado de Felipe II, son los días en que se reorganiza el sistema de funcionamiento de la flota de Indias, pero la auténtica crisis del orden constitucional no llegará

hasta el reinado de Felipe III y su total disgregación la tendremos con Felipe IV. Al final del siglo XVII se mantiene esa crisis con el llamado neoforalismo de Carlos II.

Casi un siglo después del Descubrimiento, terminado el proceso de la conquista, la cultura existente en el continente era la hispanoamericana, en la que estaba fundida los elementos indígenas con los ibéricos. No se puede hablar de una cultura única en las Indias, sino de un sin número de ellas, enmarcadas con diferenciaciones en las áreas urbanas, rurales y en las marginales. La empresa evangelizadora e instructora de España en el Nuevo Mundo no fue algo casual durante el mandato español, sino un factor esencial de su gobierno.

No podemos olvidar cuando analizamos la visión americanista de España, los años del reinado de Carlos V, el Rey que tuvo en sus manos el imperio mayor que luego Felipe II consagrarse.

El período de Carlos V fue vital en el desarrollo y la ordenación de leyes y trabajos en el continente americano, que luego se perdería en el tiempo inmediato a su muerte.

Un gobierno del César que soñó con la Unidad Europea, bajo gobierno español, que tuvo fuertes improntas por hechos sustanciales como la herejía Luterana, las pretensiones de los reyes de Francia, la convocatoria de un Concilio, las innumerables batallas victoriosas para nuestro rey y sobre todo en lo que respecta al cuidado de las tierras de la Indias, la organización de fe y cultura que le llevo a hechos tan contundentes como la creación de la Universidad de Méjico.

Hoy rendimos homenaje a su memoria en este Toledo, único,

maravilloso, donde se conservan las huellas del Emperador y sobre todo donde murió su esposa Isabel de Portugal, la mujer de su vida de la que estaba profundamente enamorado y la gran dama que guió el gobierno de España en las muchas y dilatadas ausencias del Rey.

El comercio español de Indias experimentó a lo largo del siglo XVII una caída vertical, que se reflejaba en cifras que iban de un promedio de 60 buques anuales a principios del siglo XVII, hasta solo nueve embarcaciones cuando acaba la centuria.

No debemos olvidar en este somero análisis de unos siglos que nos unieron con América, el problema que se planteó con la mano de obra, pues aunque fueron muchos los súbditos de la Corona de Castilla que emigraron a América, la poca resistencia de los aborígenes y la labor tenaz de defensa del indio llevada a cabo por algunos clérigos, como Fray Bartolomé de las Casas hizo que hubiera que echar mano de los negros. La importación de esclavos negros es un triste capítulo, aunque cabe decir que el trato de estos en las colonias españolas fue muy distinto al que recibían en otras extranjeras. Este comercio casi siempre en manos extranjeras se extendió hasta el pasado siglo XIX.

Desde el siglo XVI la penetración de potencias no hispanas en la zona del Caribe van a marcar una pauta importante en los cambios que van a producirse en aquellas latitudes.

Cuando llega el siglo XVII la bancarrota oficial del Estado español, bajo Felipe III y Felipe IV, son tristemente expresivas, sin esperanzas de recuperación.

En el siglo XVII, comienzan a formarse en España, y Europa, dos partidos, que indudablemente van a modelar los pensamientos

de los españoles en la península, en sus colonias, hasta muy entrado el siglo XIX, Vintila Horia afirma romperá el equilibrio de los españoles. Fuente de contenido tradicional en lo español y revolucionario en los europeo.

Cuando muere Felipe IV, la unidad peninsular estaba rota, no era ya América dominio exclusivo de España, y nuestro prestigio estaba bajo cero en todos los niveles. Había comenzado la disgregación que iba a notarse de forma palpable en los dos siglos siguientes. Vintila Horia afirma: «que no se trata de unos derechos humanos, apoyados en una actitud jurídica transcendental, sino, en brotes de dos fuentes de vida que se contraponen».

Hemos quedado en un período que algunos autores han llamado de la «Pax Hispánica». A la que pertenecen muchos años del reinado de Carlos V. Ya se había terminado para España la época de los Descubrimientos, de las conquistas, de las organizaciones eclesiásticas, administrativa, militar y judicial en el Nuevo Mundo, en una palabra podríamos decir que para la metrópolis, América ya no era un lugar misterioso, ni lleno de fantasías, de codicias ni de hallazgos fabulosos. Estamos en lo que podíamos llamar la Edad Media de las Indias. Hay tranquilidad y no existen vestigios de afanes emancipadores como ya veremos claramente en las postrimerías del siglo XVIII.

Las ciudades americanas imitan a la vida española en todos sus perfiles de solemnidades, hábitos y afanes de ejecutorias hidalgas además de una gran exaltación religiosa.

El siglo XVII será el del régimen aristocrático, donde se conceden los Virreinos a los grandes señores que emplean su poder en la protección a la Iglesia, en el tutelaje de los indios y en la rea-

lización de obras públicas y descubrimientos sin afanes de acaparar botines.

La población media en América, según Céspedes del Castillo, era en el siglo XVIII de 665 mil blancos, ocho millones y medio de indios, tres cuarto de millón de negros, sumando otro medio millón entre mulatos y mestizos. En resumen un total de más de once millones de almas.

Sin duda alguna trazando un perfil de este siglo en América la figura más notable en esta centuria sera la del Hacendado, siendo la Hacienda un ente fruto de la institución del mayorazgo. La Hacienda es un hecho de reacción claro contra el fenómeno del fraccionamiento de las propiedades por herencias.

Y cuando llega el siglo XVIII, va a ser cuando en pocas palabras va a comenzar el principio del fin para el imperio español. La formación de un espíritu, americano distinto del de la metrópolis va a ser la constante que por doquier se va a suscitar. En todas las tierras se presiente ya un anhelo de independencia.

Las minorías más cultas de aquella sociedad americana se ve poseedora de una personalidad propia, que hasta entonces había estado anulada frente al poder o al prestigio de la metropolitana. Frente a esto es en este siglo XVIII cuando América, goza de una mayor prosperidad económica y de un nivel más elevado de cultura. Es el siglo de la muerte del último rey de la casa de Austria, S.M. Carlos II. Y cuando Inglaterra declara la guerra a España (1739).

La ascensión en España al trono de la dinastía borbónica hacen que en la península y en América se introduzcan cambios que reper-

cutieron en el cuadro de la instituciones. Es cuando nace el régimen de las Intendencias.

Es pensamiento de Carlos III no considerar a América como una colonia sino como provincia del reino, acometiendo una fuerte política de defensa del criollo.

España mientras tantos vivía a la sombra del Pacto de Familia, con Francia, buscando la protección frente al poderío naval inglés.

## LA EMANCIPACION

Desde el último tercio del siglo XVIII se viene notando una auténtica desvinculación de los territorios de ultramar de sus antiguas metrópolis. Pero en el proceso que se realiza, en esta vertiente, en la América hispana no se trata de levantamientos contra el sometimiento a las fuerzas dominadoras. Para España es una guerra civil entre españoles nacidos en la península y otros nacidos en América. Tanto es así que en líneas generales podríamos decir que el único autóctono que era el indio, se mantenía al margen de esta lucha.

Los primeros conatos de autonomía en nuestra provincias americanas los promueven los mismos conquistadores despojados de sus encomiendas de indios por la Ley de 1542, que si bien fue inspirada por un cristiano sentido de justicia, redujo a la pobreza a los que habían ganado la tierra palmo a palmo con aventuras o trabajos.

No hay que olvidar que la masonería que había penetrado en España en el reinado del Felipe V, encuentra en América un gran ambiente de desarrollo a lo largo del siglo XVIII.

Pero sobre todas las cosas hay que señalar que quien mejor colabora a la emancipación de los pueblos americanos es sin duda la mala política y la torpeza de los gobernantes españoles.

Los reinados de Carlos IV y Fernando VII fueron de total oposición a toda novedad que pudiera menoscabar el predominio de los peninsulares .

Cuando llega el siglo XIX, la corriente emancipadora está ya disparada y comienzan las auténticas independencias de territorios, que hoy si queremos analizarla en sus orígenes tendríamos que afirmar que se debieron a dos puntos:

1.º.- Un período basado en el ciclo revolucionario iniciado en Inglaterra en el siglo XVIII y que llevaron a las fases de la revolución anglosajona, la francesa y la hispanoamericana.

2.º.- La lógica formación interna de una conciencia emancipadora.

La revolución la hicieron las clases criollas ilustradas y hasta el final de los acontecimiento como expresó mi siempre recordado amigo y profesor Octavio Gil Munilla en su «Teoría de la emancipación», el pueblo no participó con entusiasmo.

Estamos ya en un momento en que nombres como Bolívar, San Martín y otros levantan banderas de una nueva América que si se separa de España, seguirá con ella en la realidad del espíritu de sus hombres, costumbres, aciertos y equivocaciones.

Cuando Isabel II (1833) asciende al trono, la bandera de España solo se iza ya en aquella tierra a la que llamamos un día Nueva

España en el fuerte de San Juan, pero la Reina usa el título en sellos y monedas que la proclaman Reina de las Españas, porque no podía olvidar que todavía tenía un rico imperio en las Antillas, el primero que pisaron los descubridores que salieron de Palos y el último que dejarían los soldados tras la guerra hispano-norteamericana.

Las repercusiones económicas se hicieron notar, pues el período de contracción en el comercio mundial después de las guerras napoleónicas se agravó en España, por la pérdida de nuestras colonias en aquella parte del mundo.

A la vez que se derrumbaba en España el trono de los Borbones, llegabamos al último momento del Imperio español de América.

No vamos a entrar en la pérdida de nuestras colonias últimas. Cuba y Puerto Rico. Tema que bien daría para una sola conferencia, ya que aquella catástrofe naval y militar hace ver en ciertas minorías de la península un espíritu de aguda crítica que nos presenta a la desventura, como final de un proceso de egoismos, errores que invaden la política española después de aquel esfuerzo heroico que fuera la Guerra de la Independencia.

Basta con examinar la política española de finales del siglo XIX, para comprobar una política sin ideales, ambiente de intrigas caciquilis y hasta una aristocracia que no supo prestigiar el rango heredado, junto a una clase media siempre resignada en sus apuros.

Aunque permanecen los valores espirituales, estos no pueden triunfar en la mezquindad del ambiente.

Desde el Descubrimiento hasta el final de esa Edad Moderna

que se engarza con la Contemporánea, España ha visto las dos caras de la moneda.

No podemos soslayar en el Centenario que no hace mucho se ha cumplido de aquel 1898, en que recordamos con tristeza, pero con la comprensión lógica y natural, el apogeo de nuevos pueblos que se independizaban de España.

Aquella página nos debe servir al cabo de cien años para aprender la lección de lo que fue una política errónea con pueblos que en su emancipación no iban a perder nunca el espíritu de unión con esa España que un día, desde la humilde cuna de un convento franciscano al sur de nuestra península, en La Rábida, en Palos de la Frontera, le abriera el camino para una nueva educación, cultura, habla y fe, así como afanes ilusionados de plantearse sus propios destinos en la Historia de aquel continente.

A los que se preguntan si tiene hoy día sentido recordar ese drama nacional, le contestaríamos que sí, como en su día en fechas conmemorativas se ha recordado nuestra Guerra Civil o la misma Transición democrática, todos ellos acontecimientos decisivos en la formación del Estado español y de nuestra política.

En 1898, España perdió sus últimas colonias en América. Y fue así como con la humillante derrota se elevaron voces que hicieron llorar al país, estupefacto ante los hechos ocurridos, que hicieron decir a Canalejas *que vivíamos sobre una ficción, o don Antonio Maura sobre un sistema político instaurado en una gran simulación.*

Para detener aquella fiebre surgían las palabras: revolución en las artes y en las letras, nacionalismos, espíritu de pueblo, europeización o ciencia.

España, sufrió las consecuencias económicas, las tensiones religiosas y militares, la súbita irrupción de los nacionalismos y sobre todo la gran crisis política del reinado de Alfonso XIII. Un nuevo siglo abría sus puertas, en nuevos giros modernistas.

Entrabamos en un nuevo capítulo de nuestra Historia.

Hoy, quienes seguimos de cerca la inspiración del pueblo americano, podemos ver que en los estratos más sencillos y humildes, donde siempre se encuentra la verdad, sin mixtificaciones de falsa ilustración, el amor a España continúa. El pueblo se siente heredero de aquella España de los Descubridores, de los reyes, de la que forjara en sus conciencias una leyenda inmortal y dejara su sangre en ese milagro de amor que es el mestizaje.

Ver la Historia de América en cinco siglos de aconteceres es mirarnos en un espejo propio, donde nos podemos ver nosotros mismos.

Cuando va a terminar el siglo XX, la última batalla no se ha perdido. Me refiero a la de la Lengua. El castellano, el español, es hoy corriente idiomática universal y cuando a veces en nuestros propios lares vemos olas, que pueden ser reivindicativas pero no definitorias, chocar contra sus muros, nos anima pensar que aquella América, con sus nuevos giros, con su sonoridad, con la música que le pusieron poetas y artistas, sigue siendo el más bello lazo de unión con una España que allí es eterna, pese a divergencias políticas, semánticas o doctrinales.

A la luz de los actuales conceptos de las Ciencias y de la Cultura, solo la materialización de la lengua rica y sonora que de por los siglos se llama el español, es un milagro que hoy en los

ataques lingüísticos de la época en que vivimos, se hace más grande y gigantesco en una necesidad de defensa, fuera y dentro de nuestras fronteras, sin perder la riqueza y pluralidad que las lenguas autóctonas tienen, pero siempre supeditadas a una razón de estado, de Historia, de extensión geográfica, que hace que más de 300 millones de seres, hablen, recen y sueñen en español. Fue nuestra lengua la que unificó la historia, las uniones y el conocimiento de todos aquellos pueblos que hablando en mil dialectos, encontraron en nuestro español el vehículo más fuerte de su existencia.

La colonización de América por España, su culturalización, queda clara en estas palabras expresadas por nuestro rey don Juan Carlos I en las que describe y sintetiza todo este proceso en sus más amplias y exactas dimensiones de raciocinio. Decía nuestro actual monarca.

*«Al llegar España a América, nuestra gente se encontró con una realidad concreta y muy diversa que les indujo a la admiración y les incitó a la jubilación, al dominio y al estudio, tanto como a la empresa evangélica, en este encuentro, ciertamente a la vez que hermanamiento hubo violencia a la vez que fundación, pero hoy conocemos esta portentosa realidad natural y cultural de América, gracias a la muy notable pléyade de cronistas, minuciosos notarios de cuanto veían y escuchaban».*

Para finalizar, permítanme, que les deje la cadencia de unos versos que son oración de mi tierra andaluza y onubense, donde un día América comenzó a ser en la aventura de sus hijos al mando de Colón y de los hermanos Pinzón.

Cuando el alma se entristezca o el corazón acalle sentimiento no olvidéis, pensando en nuestra Hispanoamericana, que allí en Huelva, en Palos, en la Rábida:

Allí está la voz de piedra  
en los esteros rezando,  
y diciendo al caminante  
que el Hacedor en La Rábida,  
soltó amarras,  
solto cabos,  
hinchó velas en el viento  
y en el mar, avante claro,  
se llevó Tres carabelas,  
cogiéndolas de la mano.